



La ogresa y el dragón

Kelly Barnhill

La autora de
LA NIÑA QUE BEBIÓ LUZ DE LUNA

DESTINO

Kelly Barnhill

*La ogresa
y el
dragón*

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *The Ogress and the Orphans*
© del texto: Kelly Barnhill, 2022
© de la traducción: María Cárcamo Ramos, 2024

© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: abril de 2024
ISBN: 978-84-08-28319-5
Depósito legal: B. 5.202-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Presta atención

Verás.

Esta es una historia sobre una ogresa.

No es quien te imaginas que es.

(Pero ¿acaso lo es alguien?)

La Ogresa vivía en una casa torcida a las afueras del pueblo. Le gustaba la repostería y la jardinería, y contar estrellas. Como todos los ogros, la Ogresa era bastante alta —incluso los adultos considerablemente grandes tenían que estirar el cuello y entornar los ojos un poco para saludarla—. Sus pies eran del tamaño de tortugas, sus manos, como las alas de una garza, y tenía una frente muy muy ancha que se arrugaba y se plegaba cuando la Ogresa se concentraba. Su piel parecía de granito, y sus ojos eran como monedas de un penique recién estrenadas. El pelo le brotaba y le caía por la cara como el césped de una pradera: rígido y amarillo y verde, cubierto en algunas zonas por margaritas o dientes

de león o hiedra trepadora. Como todos los ogros, hablaba muy poco y pensaba mucho. Era prudente y considerada. Sus pesados pies se posaban con cuidado sobre el terreno.

Esta historia también trata sobre una familia de huérfanos. En el momento en el que comienza nuestro relato, varios años después de la llegada de la Ogresa al pueblo, había quince niños viviendo en el orfanato. Eran demasiados para una sola casa, pero se las apañaban. Se llamaban Anthea, Bartleby, Cassandra (que prefería que la llamaran Cass), Dierdre, Elijah, Fortunate, Gratitude, Hiram, Iggy, Justina, Kye, Lily, Maude y los bebés Nanette y Orpheus. Eran buenos niños estos huérfanos: estudiosos y trabajadores, y muy amables. Y se querían mucho los unos a los otros, mucho más de lo que se querían a sí mismos.

La Ogresa también era trabajadora, amable y generosa. También quería a los demás más que a sí misma.

Esto, naturalmente, puede suponer un problema. En algunas ocasiones.

Pero también puede ser una solución. Te voy a contar por qué.

El dragón

Esta historia también versa sobre un dragón. No me gusta demasiado hablar de él. Ni siquiera me gusta pensar en él.

Quiero dejar un asunto claro: no es mi intención hablar mal de los dragones en general. Prejuzgar a alguien es una práctica horrenda, ya sea un ogro o un huérfano o un dragón o un vecino escandaloso o el vicedirector o gente con costumbres poco habituales. Es importante tratar a los demás con compasión y respeto. Esto ya es bien sabido.

En cuanto a los dragones en particular, son tan diversos como cualquier otra criatura. Yo misma me he encontrado con dragones de todo tipo: tímidos, sociables, vagos, latosos, egocéntricos, de gran corazón, entusiastas y valientes.

Pero este dragón, sintiéndolo mucho, no era así. Este dragón era avaricioso, traidor e indiferente. No sentía remordimientos y nada le quitaba el sueño. Se deleitaba con las riñas y sembraba acritud allá donde fuera. Sé que estas pa-

labras son intensas, y pido disculpas. Pero es que lo que siento por este dragón es muy intenso.

Escucha.

Nada me gustaría más que decirte que todo individuo —humano, dragón o de cualquier otra clase— es fundamentalmente bueno. Pero no puedo, porque no me gusta mentir. En mi experiencia, todo el mundo empieza siendo bueno, y casi todos lo siguen siendo gran parte del tiempo. Pero otros..., en fin. Eligen hacer cosas malas. Nadie sabe por qué. Y luego, unos pocos de estos deciden seguir siendo malos. Ojalá no fuera verdad, pero es mejor que lo sepas ahora, al principio del libro. Toda historia tiene un villano, al fin y al cabo. Y todos los villanos tienen una historia.

El pueblo

Esta es también una historia sobre un lugar llamado Valdepiedra, que siempre había sido un pueblecito encantador.

Todo el mundo lo decía.

Valdepiedra había sido famoso por sus árboles. Árboles enormes en los parques, árboles en flor por los senderos. Árboles frutales en línea recta por las calles de los barrios, con las ramas dobladas por el peso de una gran cosecha temporada tras temporada. Cualquiera —ya fuera vecino, amigo o visitante de una tierra muy muy lejana— podía estirar el brazo en el momento adecuado y ponerse las botas. La gente llenaba cestas de albaricoques y caquis, cerezas y ciruelas, manzanas y peras, dependiendo de la época del año. Perfeccionaron las recetas de pasteles y tartas y mermeladas. Elaboraban caramelos con la fruta y los dejaban en la puerta de sus casas para que, al pasar, los hijos de los vecinos cogieran los que quisieran.

Las calles de Valdepiedra eran dignas de contemplar durante aquellos días. La gente paseaba despacio bajo las ramas en flor, verdes o llenas de fruta, tomándose su tiempo mientras disfrutaban de la sombra moteada. Cada noche, los barrenderos y limpiadores lavaban los adoquines. Las farolas, hechas de vidrio soplado y pulidas a mano con mucho cariño, brillaban como estrellas. En la época en la que todavía era un pueblecito encantador, los carteles de las calles aún no habían desaparecido, ni tampoco el arte urbano.

En aquellos días, los pueblerinos holgazaneaban en los paseos y en las plazas públicas, hablaban de literatura o de política o de filosofía o de arte. Todas las calles del pueblo llevaban a la Biblioteca, que tenía amplios ventanales, estanterías interminables y sofás con cojines muy blandos, y allí todo el mundo era bien recibido. Había tomos encuadernados a mano y libros modernos y pergaminos antiguos, incluso textos tallados en piedra. Los bibliotecarios iban de aquí para allá, ordenando, manteniendo, guardando y mandando callar. Hasta su forma de amonestar era encantadora.

Los vecinos aunaban esfuerzos para preparar sopa para los enfermos y galletas para la Escuela. Acudían como abejas obreras cuando un árbol caía sobre una valla o cuando había que arreglar un tejado o cuando la madre de alguien se rompía una pierna. Los vecinos se cuidaban entre ellos desde hacía mucho mucho tiempo. Cuando era un pueblecito encantador.

Pero entonces, una trágica noche, la Biblioteca ardió.

Cada persona recuerda los acontecimientos trágicos de

forma diferente. Muchas historias contaban lo que había ocurrido aquella noche en Valdepiedra, pero casi ninguna concuerda en nada. Algunos insisten en que fue un malhechor quien inició el fuego, afirmando que habían oído pasos que resonaban con un objetivo siniestro, avanzando hacia el respetado edificio y huyendo a toda prisa cuando brotaron las llamas. Otros juraron que habían oído las alas de un dragón volando sobre sus cabezas. Al fin y al cabo, los dragones eran más habituales entonces que ahora. Y ¿a quién le gusta más el fuego que a un dragón? Otros negaron con la cabeza y aseguraron que el fuego había sido inevitable: aquello era una caja de madera. Madera vieja y papel antiguo mezclados con la típica vela que alguien olvida encendida. «Crónica de un desastre anunciado», decían solemnemente.

(Si alguien me hubiera preguntado a mí —cosa que nadie hizo—, podría haberles dicho que todos tenían razón. Efectivamente, había una vela encendida. Y luego oí malévolos pasos que se acercaban en la oscuridad. Poco después, un dragón desplegó toda su envergadura y se dirigió a la parte trasera de la Biblioteca con sus escamas resplandeciendo en la penumbra. Lo observé mientras se deslizaba por un lateral y enrollaba su largo cuello alrededor de la torreta oeste. Sonrió conforme abría la mandíbula. Se lo habría contado a cualquiera que me hubiera preguntado. Pero nadie me preguntó.)

A pesar de que no había mucho consenso entre los pueblerinos con respecto a lo que había provocado el incendio, todo el mundo estaba muy de acuerdo en lo que había ocu-

rrido después: cómo habían repicado las campanas en mitad de la noche y todos, desde los más viejos hasta los más jóvenes, habían salido apresurados de sus camas, se habían puesto los abrigos sobre los pijamas y habían metido los pies en los chanclos. Corrieron por las calles oscuras, cargando cubos, siguiendo la columna de humo y la horrible luz de las llamas. El incendio, dicen, creció sin medida por las torres de la Biblioteca, tan intenso que al mirarlo les dolían los ojos.

Del edificio salían inmensas oleadas de calor, haciendo crepitar las pestañas de los presentes y marchitando las hojas de los árboles cercanos. Los libros volaban por las ventanas derretidas como pájaros aterrados, con alas brillantes y fosforescentes. Fue precioso durante un instante, recuerda el pueblo, del mismo modo que el corazón es hermoso justo antes de romperse.

La gente de Valdepiedra se puso en fila y, desesperados, se pasaban cubos de agua, cuyo contenido lanzaban a las llamas. Fue en vano. El incendio era demasiado grande. Las vigas de madera estaban demasiado secas. Y al papel no le queda otra más que arder.

Durante muchos años, la Biblioteca quemada permaneció en su sitio, una maraña de ceniza y metal viejo y piedras carbonizadas, situada entre el Orfanato y la Plaza Central. Nadie era capaz de limpiar los escombros. Nadie podía soportar tocar una sola piedra. Cuando la gente pasaba por delante, aguantaba la respiración.

Los niños del Orfanato crecieron junto a los restos de la

Biblioteca. Olían el humo y la ceniza. Por la noche, los fantasmas de los libros los perseguían en sueños.

Después de la Biblioteca, también ardió la Escuela del pueblo. Qué trágica coincidencia, dijeron todos. Se consolaron los unos a los otros durante el duelo. Poco después ardieron varios edificios más —casas, tiendas, lugares muy queridos— en una serie de incendios que se extendió durante algo más de un año. Después, los árboles, primero los frutales, luego los ornamentales y, por último, los grandes, comenzaron a morir. Una plaga, decía la gente. Puede que provocada por el humo. O por el calor insoportable. O por una suerte funesta. La gente del pueblo miraba consternada cómo caía árbol tras árbol.

Y con estos, también murió la sombra. La luz se volvió una constante en Valdepiedra, una testigo abrasadora y muy complicada de soportar. La gente entornaba los ojos para mirarse, y llevaban las caras arrugadas constantemente, con expresiones de enfado.

Sin los árboles, no había raíces que absorbieran el agua cuando llovía, y Valdepiedra comenzó a sufrir inundaciones muy perjudiciales, una tras otra, que terminaron provocando un socavón enorme justo al lado del precioso parque en el que solían jugar los niños del pueblo, casi tragándose por completo. Era demasiado peligroso seguir jugando allí.

De hecho, empezó a ser demasiado peligroso jugar en cualquier lugar de Valdepiedra. No había sombra. No había árboles a los que trepar. Todo el pueblo parecía tener el ceño

fruncido. Los vecinos se miraban con las cejas bajadas y los ojos entornados.

La gente se aisló en sus casas. Prohibieron a sus hijos moverse libremente. Cerraron las puertas con llave y las contraventanas con pestillo. Recluidos y separados, dejaron de pensar en los vecinos y de ayudarse entre sí. Ya no había sopa para los enfermos, ni caramelos para los niños, tampoco había galletas para la Escuela (esto no hace falta decirlo, ya que no había Escuela). Lo mejor, pensaba la gente, es que nos lo guardemos todo para nosotros.

Y así lo hicieron. Miraban las calles vacías a través de las contraventanas con una gran tristeza en sus corazones.

Con lo encantador que era este pueblecito, decía la gente. Pero ya no lo es.